

Florecido

César Mora Moreau

Escritor, cessaremora@gmail.com

Para Atenea Cruz, y su Otro jardín secreto

Las flores envenenadas nacían alrededor de su ano, sin control. Al principio, Narciso las arrancaba una a una rezando para que no volvieran a crecer, pero ellas regresaban con espinas más afiladas para defenderse. Por eso debía hacerlo. Ya no tenía dinero para otra consulta y ningún tratamiento sería de ayuda hasta que estuviera vacunado. Apretó la caja para darse el valor y se fijó en el precio, mucho más alto de lo que ganaba en un año. Nadie se daría cuenta. Los dos vendedores estaban concentrados en las pantallas de sus celulares. Miró al vigilante, que coqueteaba con una de las cajeras. Ese era el momento. La escondió en su chaqueta y salió de la farmacia a paso lento para no despertar sospechas. No había cruzado la calle, cuando una mano lo apretó del hombro y una voz le pidió que le mostrara los bolsillos.

Sin levantar la vista y reuniendo toda la fuerza de voluntad para no echarse a llorar, Narciso le entregó la caja. Apenas el otro dejó de sujetarlo para inspeccionar la vacuna con ambas manos, salió corriendo con el impulso que le daba la vergüenza. Mientras esquivaba a las personas, imaginó su rostro en las noticias, como el de la embarazada a quien habían atrapado intentando robar una lata de alimento en polvo. Él no podía permitirse un desliz como ese. Una cosa era ser ladrón y otra muy distinta que los demás se enteraran de lo que tenía. Suficiente había sido con la mirada de Julio, el primero en ver las flores.

—¿Qué tienes ahí? —le preguntó alejándose, entre asqueado y asustado, como si de un momento a otro las nalgas de su cita se hubieran vuelto radioactivas.

—¿Qué cosa? —Narciso estaba en la cama, boca abajo, sin entender qué sucedía.

Julio se abrochó el pantalón a toda prisa, recogió la camiseta del suelo y no esperó a que el anfitrión lo acompañara hasta la puerta de la casa.

Una vez solo, intentando darle sentido a lo que había pasado, descolgó el espejo de la pared, lo acomodó en el suelo y se puso en cuclillas para observar más de lo que su cuello le permitía. En el reflejo se distinguían unas formas extrañas. Encendió la linterna de su celular para ver mejor y abrió ambas nalgas. Las flores, de pétalos grisáceos, retrocedieron unos centímetros intentando escapar de los dedos de un Narciso que vio el horror dibujado en su rostro.

Hizo lo que cualquier persona racional hubiera hecho en su lugar: buscar en *Google*. Los resultados del navegador le mostraron versos de poemas malos, videos porno del fetiche, popular en Japón, de masturbarse con flores de Sakura y el caso de un hombre en Bangladesh que sufría una rara enfermedad que hacía que sus manos se parecieran a las ramas de un árbol. No encontró ningún testimonio de culos florecidos.

Dudoso entre ir con un botánico o un médico, se decidió por este último. En el sistema público no había ninguna cita disponible dentro de los próximos meses. Podría agendar una consulta particular, pero lo que ganaba en el *call center* apenas le alcanzaba para vivir. Sin saber qué hacer, se encerró en la ducha temiendo que la mugre de su cabello se convirtiera en tierra o que sus lágrimas tuvieran la textura espesa de la savia. Se le ocurrió sacar una tarjeta de crédito.

Durante los días que tardaron en enviarle el plástico a su casa, las flores del mal crecieron, impidiéndole que se pudiera limpiar con el papel cada vez que iba al baño y pinchándole los dedos con sus espinas. Caminaba con las piernas muy separadas para evitar el roce de los muslos, y en el trabajo debía morderse los labios para aguantar las punzadas cada vez que se movía en el asiento.

Sin importarle el dolor o la sangre derramada, todas las noches arrancaba los pétalos y cortaba los pedúnculos (así se llaman los tallos de las

flores, no me estoy inventando nada) con el ímpetu del jardinero que regresaba a su casa luego de varios años de estar preso. Por las mañanas, decepcionado, veía en el reflejo del espejo los nuevos retoños que emergían de la piel enrojecida. Cada vez era más difícil deshacerse de su maleza corporal que crecía fuerte y encallecida por el combate diario.

Cuando recibió la tarjeta, encendió su computador y reservó una cita con un médico especializado en anomalías como la que estaba padeciendo. Aunque en la información disponible en su página web no especificaba nada sobre su experiencia en la cura de enfermedades florales, él era la única esperanza de Narciso. Con un cupo crediticio limitado no podía darse el lujo de varias opiniones.

Al día siguiente, llamó a su trabajo fingiendo un problema estomacal, y se dirigió al consultorio que quedaba en una zona donde las casas parecían sacadas de una revista. Sintió un hormigueo bajo sus pantalones al ver un parque, que más que parque podría ser un bosque por sus robles, acacias y cedros, inmensos, y los jardines con arbustos florales que formaban laberintos que no estaban podados para alguien con sus ingresos. Ya volvería otro día.

Lo recibió el doctor Olivares, un anciano con sonrisa de vendedor que presumía en la pared detrás de él todos los diplomas, reconocimientos y certificados que lo avalaban como una eminencia en los casos de padecimientos vegetales en personas. Luego de examinarlo desnudo, introducirle un espéculo para ver qué tan arraigada estaba la enfermedad y someterlo a un interrogatorio sobre sus prácticas dendrofilicas, le explicó que su florecimiento anal era más común de lo que se pensaba, pero que en un caso tan avanzado como el suyo la única solución era un tratamiento que incluía la extirpación de las raíces malignas y una vacuna para evitar que volvieran a crecer.

—De nada servirá arrancarlas si no estás inmunizado. Hierba mala nunca muere —sin dejar de sonreír, le entregó un folleto que detallaba los preparativos para la cirugía, los pasos que debía seguir para la recuperación y el costo total que superaba, por mucho, el saldo disponible de su nueva tarjeta.

—¿Hay alguna opción más económica?

El doctor Olivares le dijo que podrían intentar cortar las flores visibles y utilizar unas ampollas que retrasaban el crecimiento. No era una solución definitiva y debían verse cada dos semanas hasta que pudiera resolverse el asunto de raíz.

—Quizás este tratamiento estaría bien mientras consigo la plata para la vacuna.

Lo único que lo reconfortaba de sus visitas quincenales era detenerse en el parque que estaba en el camino, donde se sentía menos adolorido, como si los padecimientos humanos se esfumaran con la cercanía con la naturaleza.

Pero luego de seis meses, seguía sin poder reunir el dinero para pagarse la vacuna, y ya se había acabado el cupo de la primera tarjeta y de otra que solicitó para mantener sus revisiones médicas. De hecho, fue la consulta de ese día la que lo llevó a entrar en la farmacia. Al entregar su tarjeta en la recepción del consultorio, el secretario le dijo que el pago había sido rechazado.

—¿Podría intentar de nuevo?

—Dice saldo insuficiente.

—Intente con esta.

—Tampoco.

La rasquiña que sentía por no haber podido arrancar las flores esa mañana desapareció cuando llegó al parque, seguro de que nadie lo perseguía. Estaba agotado y las piernas le temblaban, pero su carrera de unos minutos atrás no tenía nada que ver. Casi podía recordar la sensación de gloria al cruzar la puerta con la vacuna en las manos.

Se sentó en una banca. Al cabo de unos segundos, incapaz de seguir en esa posición, se acostó boca abajo en el césped imaginando que las células de sus nalgas estarían formando una enredadera que tendría que arrancar con unas tijeras para podar que robaría cuando recuperara el aliento. Acarició la raíz nudosa del árbol que estaba más cerca de él. Quería dejar de luchar, quedarse ahí tirado y convertirse en un rosal o un arbusto de narcisos. Aunque sabía que no le quedaba dinero, revisó en su celular el saldo de su cuenta bancaria. Siempre podría ocurrirle algo insólito. 🍷



Carlos Motta / Towards a Homoerotic Historiography (Series 2), 2014
10 gold washed silver figures
2 x 1 cm / 0.7 x 0.3" each figure Cortesía Mor Charpentier, Bogotá/Paris